

y cuesta para ir al Santo estuvo poblada desde el principio, con doce propietarios de casas que no sé si los tendrá ahora.

Juan Martín Paniagua lindaba al norte con la calle y al saliente con tierra de Pedro Román, por lo que ya se ve que en esta calle terminaba el pueblo.

Clara García lindaba al sur con la calle, al poniente Manuela la Rebata y al norte Juan Convento. Obsérvese el modo tan propio nuestro de llamarse las personas entre sí.

Manuel Pérez tiene linderos personales, pero véase el modo, al saliente Juan de Herencia, al poniente la Isabel del Justo, al sur Manuel Sánchez, etc.

Francisco Monje con linderos personales y otra casa suya contigua.

José Ramos Cotorro da al saliente con la calle y al norte con Pedro Viñas.

Francisco López Fuensalida linda al norte con la calle y al poniente con Antonio el Pajarero.

Juan Santos con linderos personales y María Romero Blanco linda a oriente con Juan Paniagua, al sur con Santos el de la Munilla y al poniente y norte la calle.

Juan Flores, panadero, lindaba a oriente con la calle, al poniente con Matías Paniagua y al norte con Manuel el Cotorro.

Juan Sánchez Carrillejo, arriero, lindaba al sur con la calle y al norte con alcacel de las Monjas Trinitarias del Toboso. Hay varios Carrillejos por este rodal y Carrillejo era de segundo apellido la abuela Pepa, mujer del hermano Facó el del Arenal.

Todavía queda otro propietario de la calle del Crudo. Siempre en los finales solía haber algún forastero y éste se llama Francisco Martín Maqueda.

Las Piedras de Zamora

Peñas les decían en aquel tiempo y era más bien nombre de paraje que de calle, como el **Porcarizo** mismo, donde están, aunque como calle lo consideraran muchos. Lo hermoso es el nombre, no el sitio, y en el decir alcazareño el sentido remoto de su situación para ponderar la distancia. Estar en las piedras de Zamora era poco menos que estar una cosa donde Cristo dio las tres voces y no lo oyeron. Pues allí vivía, sin estorbos de nadie, la María la de la Fruta, lindando al poniente con Juan Caraque, en una caseja de seis varas de frente por cuatro de fondo, cuatro de patio y seis de corral.

El **Porcarizo** no estaba entonces tan menospreciado como lo estuvo después. El mismo don Diego Barchino, que tenía casas en todas partes, poseía allí una casa de corta habitación, lindera de Juan Antonio Saavedra, que era otro ricote de la época.

Y don Eugenio López Guerrero, de estado Hidalgo, tenía otra que lindaba a oriente con la calle Real.

Y don Francisco Roperó Tardío tenía hasta cueva con una tinaja de cuarenta arrobas, que lindaba con otra de Juan Antonio Barchino y al poniente la calle y todavía quedaba otro vecino resonante, Juan Fernández Utrilla Camacho, al poniente de la calle Real y lindero de don Diego.